

VIVIR EN DOS CULTURAS

Mariana Frenk-Westheim

Voy a hablarles de unas reflexiones en torno a un tema que a mí me interesa mucho y que, creo yo, ha de interesar también a todos los que nos dedicamos, en una u otra forma, a la literatura. El tema es el escritor que escribe en un idioma que no es su lengua materna. Empiezo contándoles una experiencia mía.

Hace muchos años, en Hamburgo, mi ciudad natal, me tocó en una reunión charlar un rato en portugués con un señor de Lisboa. Un pariente mío me dijo después que lo había impresionado el cambio que durante esos minutos se había operado en el tono de mi voz, mi manera de mover las manos y la expresión de mi cara.

En el curso de los años pasados desde entonces he meditado una y otra vez sobre esa observación. Si ya en el momento de hablar una persona en un idioma que no es suyo se produce en su mímica y sus ademanes un cambio visible, ¿no podemos suponer que en el caso de un escritor que redacta su obra de creación en una lengua que originalmente no era la suya, ha de tratarse de una profunda transformación anímica y mental? O, para ventilar el mismo asunto desde otro punto de vista: ¿no es indispensable una profunda transformación de la personalidad, para poder escribir en otra lengua?.

Bueno, yo no creo en la posibilidad de una trasmutación radical de la personalidad. ¡Cómo será posible eliminar las impresiones de las primeras horas, semanas, años de nuestra vida, tan decisivas para la formación de nuestro carácter! El polaco Josef Conrad, ejemplo clásico del gran escritor, creador de obras maestras en una lengua "extranjera", llegó al espacio lingüístico inglés ya adulto, a la edad de veintiún años. ¡Cuántas vivencias, convertidas ya en componentes definitivos de su personalidad, acumula un ser humano en veintiún años de su vida!

A propósito de Josef Conrad y para que ustedes sonrían un momento, voy a leerles unos cuantos renglones sobre este autor que encontré en una enciclopedia de literatura universal, por lo general no muy mala. Dice: "El estar abierto al destino, característica eslava, y el ideal inglés del *gentleman* se funden para formar una imagen trágica del mundo". Tenemos que admitir que esta frase deliciosamente disparatada contiene una idea acertada: la idea de la fusión. Hay ahí efectivamente una fusión, una amalgama, un maridaje de dos culturas. Porque no se sustituye sólo cierto organismo lingüístico por otro.

Tengamos presente que la lengua es producto y productora, creadora y creación de todo un universo cultural. Para poder servirnos literariamente de un idioma extranjero, éste debe dejar de serlo. Esto significa que tenemos que someternos a un proceso largo y difícil de aprendizaje y adaptación. Pregunta: ¿qué clase de persona somos nosotros, que contra viento y marea nos lanzamos a una aventura de tal magnitud? ¿Y por qué lo hacemos? No me contesten: "Pues, por necesidad o por conveniencia". Claro que hasta cierto punto tendrían razón. Por ejemplo, tratándose de escritores oriundos de países cuyo idioma es poco conocido. O bien, en el caso mío, que será, con sus variantes, el de muchos. Yo empecé a traducir a la lengua del país al cual había emigrado, México, porque en aquel entonces mi primera patria estaba sumida en la larga noche del Tercer Reich y yo, como judía, no tenía la menor oportunidad de publicar en una editorial alemana, aparte de que, aun teniéndola, por nada en el mundo la hubiera aprovechado. Pero más allá de razones de tipo práctico y material, ha habido y hay para nosotros algo más profundo, mucho más profundo.

Creo que todos los seres humanos nacemos con varias aptitudes, vocaciones, talentos; con la posibilidad de representar diversos personajes, a veces muy diferentes entre ellos, en el gran teatro del mundo. Pero la vida nos obliga a escoger a uno de ellos. Tú eres pintor y feliz de serlo. Pero también hubieras podido y querido ser bailarín o poeta. Es casi seguro que aquel físico genial habría llegado a ser un genial violinista si se hubiera decidido por ese camino. Y ¿por qué son tan populares los bailes de fantasía? A mi ver, una de las razones es ésta: nos brindan la oportunidad de abandonar por unas cuantas horas el papel que normalmente desempeñamos y de sustituirlo por uno de los otros que languidecen, reprimidos, nostálgicos, de nuestra alma.

En el fondo, todos, mujeres y hombres, somos seres frustrados. Seres con una herida, mínima o terriblemente honda, que no cicatriza jamás. Como analgésico algunos degradan a hobby lo que quizás hubiera sido su más perfecta realización. Ahora bien, al escribir en otro idioma, al vivir en otra cultura, convertimos en realidad una de las múltiples posibilidades vitales que nuestra hada madrina depositó tierna y generosamente en nuestra cuna.

Como resumen: los que escribimos en una lengua que no es aquella en la cual redactamos de bebé nuestra primera sonrisa, no experimentamos por eso una metamorfosis. No se nos puede reprochar una renuncia a nuestra cultura original. No hay ni infidelidad, ni, mucho menos, traición. Dentro de nosotros permanece intacto el insobornable núcleo de nuestro ser, parte del cual es nuestra lengua materna y la cultura en cuyo seno nos criaron. Pero a esta cultura le hemos agregado otra.

¡Qué espléndido enriquecimiento de nuestra personalidad, qué inmensa ampliación de nuestro horizonte!

Pero no sólo nosotros nos enriquecemos. Hay muchos escritores que han enriquecido y enriquecen esa segunda lengua en que escriben, esa segunda cultura en la que viven. Para recurrir una vez más a Josef Conrad: ¿en qué escritor inglés anterior a él encontramos esa dimensión dos-toyewskiana? Yo no sé de ninguno.

Vivimos, pues, en dos culturas. Pertenecemos a ambas; nos pertenecen. Vivimos en dos mundos, anchos y propios.